

HISTORIA DE LA IGLESIA: MOMENTOS CLAVE

Capítulo 14

San Antonio – Un Padre del Desierto

Quizá utilizamos hoy día la palabra “ermitaño” para referirnos a alguien recluido o marginado de la sociedad ordinaria. Sin embargo este no es el significado original de la palabra. La palabra tiene sus raíces en un propósito espiritual. Hubo un antiguo grupo de personas a quienes los historiadores de la iglesia les llamaron “los padres del desierto”, que realmente eran ermitaños, en el sentido estricto de la palabra. Al enfocarnos en San Antonio, nos enfocamos en uno de los principales padres del desierto que, en muchas maneras, ¡vivió una vida incluso más extrema que el propio Gandhi! San Antonio fue fundador y persona clave del movimiento monástico que surgió de la vida eremítica.

Nuestra fuente principal de la vida de San Antonio es la bibliografía escrita por Atanasio, a quien estudiamos la lección anterior. Atanasio escribió “*La Vida de San Antonio*” sólo dos años después de la muerte de Antonio. Encontramos en sus páginas la historia de un hombre a quien muchos eruditos consideran el fundador del monacato cristiano.

Atanasio recabó su información de visitas personales con Antonio durante varios años, así como del testimonio de otros que conocieron a Antonio.¹

LA VIDA DE SAN ANTONIO

Antonio nació alrededor del año 250 de padres que “eran de buen linaje y bien hechos”. Sus padres eran cristianos así que naturalmente criaron a Antonio como tal. Antonio era bastante apegado a sus padres, y prestaba mucha atención a lo que le enseñaban. Nunca fue un niño muy sociable, prefería quedarse en casa cerca de sus padres en lugar de estar en la escuela jugando con otros niños (1).²

¹ Atanasio de hecho, le había dado a Antonio las ropas con las que murió. Antonio pidió que se le devolviera la prenda a Atanasio como su única posesión en el mundo.

² Estas citas en paréntesis se refieren a los párrafos en la obra de Atanasio *Vida de San Antonio*. El texto y traducción es de Meyer, Robert T., *St. Athanasius: The Life of St. Antony*, (Paulist Press 1978).

Cuando Antonio tenía 18 o 20, sus padres murieron, dejándolo con un buen patrimonio y el cuidado de su hermana pequeña. Unos seis meses más tarde, Antonio se dirigía a la iglesia pensando en cómo los apóstoles dejaron todo para seguir a Jesús. Consideró el cómo la iglesia primitiva vendía todo lo que tenía y mantenía las posesiones en común. Una vez que Antonio llegó a la iglesia, el evangelio que se leía era el de Mateo 19:21 donde Jesús dice, “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme”.

Para Antonio, esta lectura pareció ser un mensaje directo de Dios, en respuesta a sus pensamientos anteriores al servicio. Casi inmediatamente, Antonio dejó la iglesia y tomó la tierra que tenía (unos 200 acres, propiedad de *muy buen* tamaño para ese entonces) y la donó a la gente del pueblo. Vendió casi el resto de sus posesiones, y dejó un poco para poder cuidar de su hermana (2).

Después de esto, Antonio volvió a la iglesia, y en ese día la lectura era del Sermón del Monte en donde Jesús dice, “No os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propio afán” (Mt. 6:34). Antonio tomó este mandamiento muy en serio y decidió dar a los pobres incluso lo poco que le quedaba. Así lo hizo Antonio, y encargó su pequeña hermana al cuidado de algunas mujeres religiosas que conocía y en quienes confiaba.³

De ahí en adelante, Antonio dedicó el resto de su vida como ascético, viviendo una vida de abnegación. Al principio Antonio buscó sabiduría de otros ascéticos a quienes encontró viviendo en las afueras de los pueblos.

Observó la bondad de uno, la seriedad en la oración en otro; escudriñó el carácter equilibrado de uno y la benevolencia de otro; fijó su atención en las vigías⁴ mantenidas por alguno y en los estudios realizados por otro; admiró a otro por su perseverancia, a otro por su ayuno y dormir en el suelo; observó de cerca la mansedumbre de éste y la tolerancia mostrada por aquél; y en uno y en todos notó la especial devoción y el amor que se tenían el uno con el otro. Habiéndose entonces llenado de esto, regresaría a su propio lugar de ascetismo. (Capítulo 4).

Antonio pasó sus días en oración y hacienda labores manuales privadas, reconociendo lo que dice la escritura en 2 Tesalonicenses 3:10, “el que no trabaje,

³ La palabra aquí traducida como “mujeres religiosas” es el griego *parthenon* (παρθένων), que básicamente significa, grupo de vírgenes. Meyer cita esto como la primera ocurrencia de la palabra en el sentido de una casa de vírgenes dedicada a Cristo. (Meyer, 107).

⁴ Una vigilia era un tiempo despierto en la noche en lugar de dormir en devoción y dedicación a Dios.

que no coma”. Con el dinero que ganaba, gastaría en una porción de pan y el resto lo daría a los pobres.

Él no guardaba libros, en su lugar memorizaba grandes porciones de la escritura. También pasaba sus días en constante oración, a la luz del mandato de Pablo a “orar sin cesar” (1 Tes. 5:17).

Una buena parte de la *Vida de San Antonio* trata con demonología y las luchas de Antonio con los demonios y sus tentaciones. De la forma en que Atanasio lo veía, Satanás “no soportaba ver tal devoción en un joven” así que se dispuso a usar sus “tácticas habituales” en contra de Antonio.

Las “tácticas habituales” de Satanás incluían preocupaciones familiares (su hermana), el amor al dinero, el amor a la fama, los “innumerables placeres de la comida”, así como otras preocupaciones de comodidad. Esto se consideraba como un esfuerzo de Satanás para que Antonio se diera por vencido de su vida ascética. Antonio “venció” esos pensamientos y tentaciones por fe y constante oración.

En lugar de dars por vencido, ¡Satanás se puso a toda marcha! “El Enemigo sugeriría pensamientos inmundos”, pero de nuevo Antonio los disolvería en oración. Satanás intentaría “iniciarlo en la lujuria”, pero Antonio se mantendría firme a la tentación mediante su fe, oraciones y ayuno.

El resultado neto sería poner en vergüenza al Enemigo. ¡Satanás vencido por un pequeño hombre sería considerado una victoria de la cual estar orgulloso! Pero claro, ¡ese orgullo entonces habría sido victoria de Satanás! Así que, entonces, Antonio y Atanasio vieron la victoria como del Señor. “Pero no fui yo sino Dios quien obraba a través de mí por su gracia.” (1 Co. 15:10).

A lo largo de varios capítulos, se detalla la constante confrontación de Satanás y sus demonios en contra de Antonio. Cada vez que Antonio le gana a Satanás (y el mérito le es dado a Dios una y otra vez, normalmente citando la escritura), el Enemigo se reagrupa y contraataca. Satanás es visto como un león rugiente esperando el momento de atacar. Antonio estaba preparado para esto pues la Escritura precisamente describe a Satanás de esa forma (1P. 5:8). Así que Antonio procuraba proteger no sólo su cuerpo sino su mente. Constantemente escogía mortificar su cuerpo haciendo su vida cada vez más austera en el afán de hacer lo correcto.⁵

⁵ La referencia para esto está en 1 Co. 9:27 donde Pablo escribe, “Más bien, golpeo mi cuerpo y lo domino, no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo quede descalificado”.

Algunas veces, Antonio respondería a los ataques demoniacos cantando. Uno de los cantos que sabemos que cantaba venía del Salmo 27:3, “Aunque un ejército acampe contra mí, mi corazón no temerá”. Otro canto venía del Salmo 68, “Levántate, oh Dios, y dispersa a tus enemigos; que todos los que odian a Dios corran por sus vidas”. Antonio también le hablaría directamente a Satanás, diciendo, “no estoy intimidado por tus golpes, y a pesar de que me des más, ¡no hay nada que me separe del amor de Cristo!”

Muchas de las tentaciones y luchas con Satanás tienen un claro elemento sobrenatural. Satanás y sus demonios aparecerían en formas de animales o incluso de una seductora. Satanás proveería una imagen de oro o de plata en el camino cuando Antonio salía para pasar tiempo en oración y contemplación. Cuando Antonio se daba cuenta que las riquezas eran una parición del Engañador, el oro y la plata desaparecían.

Más tarde en su vida, mientras enseñaba demonología a otros monjes, Antonio sacaría las lecciones que había aprendido. Enseñó que deberíamos estar constantemente en guardia. Citó a Pablo, diciendo, “nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12).

Antonio era enfático al decir que los demonios y Satanás no tenían poder sobre el creyente. Intentan evitar que los creyentes asciendan a las regiones celestes de donde han caído. Los demonios y Satanás intentan hacerlo con obstáculos y tentaciones, pero estos pueden resistirse mediante la oración, la fe y el ayuno.

Antonio sí notó que había veces en que los demonios parecían tener cierta habilidad para predecir el futuro y ver cosas futuras. Él creía que este no era necesariamente un poder increíble. Por ejemplo, cuando se le predecía el “futuro” diciéndole que cierto hermano cristiano vendría a verlo, y luego el hermano aparecía varios días después, Antonio consideraba la respuesta muy obvia. Los demonios verían al hermano partir, o le oían decir que se iba a marchar y entonces vendrían a toda velocidad, ¡viajando de forma demoniaca a través del air, mucho más rápido que el hermano por tierra! Así que lo que parecía una predicción milagrosa era en realidad un engaño.

Antonio utilizó la escritura para demostrar que los demonios podían citar la escritura para su propio beneficio torcido. Incluso confiesan a Jesús como el Hijo de Dios, ¡pero no se les debe escuchar!

Una y otra vez, vemos la preocupación de Antonio de que cierto peligro, incluso lo que podría parecer “normal”, probablemente involucrara algún elemento

sobrenatural. Por ejemplo, en una ocasión cuando Antonio guardaba las vigiliias de la noche solo en el desierto (ie. Manteniéndose despierto en oración y devoción, sacrificando el sueño), las hienas lo rodearon, boquiabiertas amenazaban con morderlo. Antonio proclamó fuertemente, “si acaso han recibido el poder para hacer esto contra mí, estoy listo para ser devorado por ustedes; si han sido enviados por demonios, márchense de prisa, pues yo soy siervo de Cristo.”

Esto era coherente con el punto de vista de Antonio, acerca del poder limitado de Satanás. Utilizando a Job como referencia, Antonio enseñó que los demonios no tienen el poder de lastimar a los creyentes a menos de que Dios se los permita. Si acaso Dios les permite tener ese poder, entonces no tenemos por qué temer, pues Dios tiene el control. Si Dios no les concede ese poder, entonces no tenemos por qué temer porque el nombre y la cruz de Jesús pueden ahuyentar cualquier demonio. Antonio nunca parece pensar que Dios puede ser “injusto” al permitirle a Satanás lastimarlo. Claro que, no había mucho que Satanás pudiera hacer además de matarlo, enfermarlo o asustarlo. A la luz de cómo vivía su vida, creyendo que moriría en cualquier día, aceptando con gusto el padecimiento físico por su fe, sin posesiones o pertenencias, sin relaciones cercanas más allá de los propios hermanos, parecía que el mayor “daño” que podía causarle Satanás sería el que Antonio se retirase de su vida de sencillez. ¡El enemigo habría hecho el mayor de los daños al hacer que Antonio recibiese y conservase cosas, en lugar de donarlas a los pobres!

Antonio comía básicamente pan y sal. Bebía únicamente agua. Nunca habría considerado comer carne o beber vino. Generalmente, dormía sobre el suelo sin más, aunque ocasionalmente dormía en un tapete de junco. Le gustaba citar a Pablo, “cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co. 12:10). Incluso tenía su propia frase, “la energía del alma florece cuando los deseos del cuerpo decrecen.”

Vestía las mismas ropas día tras día, año tras año. Nunca bañaba su cuerpo ni lavaba sus pies. No dejaba que nadie lo viera desnudo de ninguna manera. Esto lo consideraba como parte de su “martirio diario”.

Antonio frecuentemente apelaba al profeta Elías como un ejemplo de su vida ascética. En 1 de Reyes leemos que Elías vivía sólo en el desierto. Dios le revelaba profecía que luego transmitía al pueblo, pero una y otra vez lo encontramos en el desierto viviendo una vida simple.

Así como Elías, Antonio pasaría gran parte de su tiempo en soledad, rara vez interactuaba o veía a otras personas. Pasaba tiempo encerrado en un sepulcro, en algún edificio abandonado o bien al aire libre. Había un pequeño “fuerte” abandonado (algo no muy grande) en donde Antonio se atrincheraba. Almacenaba suministros de pan para seis meses y luego alguien vendría a reabastecerle o bien

él salía por más provisiones cuando se le terminaban. Sus amigos venían a buscar su sabiduría o a preguntar cómo estaba, y él les respondía. Sin embargo durante periodos largos de tiempo no salía ni veía a nadie cara a cara.

Atanasio nos dice que Antonio estuvo en esta condición durante casi 20 años hasta que algunos amigos irrumpieron donde estaba, removiendo la puerta. Antonio salió “como alguien iniciado en los santos misterios y lleno del Espíritu de Dios”. Su cuerpo tenía más o menos la misma apariencia que cuando se encerró, ni más demacrado ni más obeso.

Cuando Antonio salió de la reclusión, a todos les parecía que él era puro de alma y que estaba “completamente bajo control”, ni avergonzado ni emocionado de ver gente. Atanasio dice que Dios sanó a mucha gente enferma a través de Antonio. Tanto enfermos físicamente como aquellos enfermos en el espíritu encontraron sanación y consuelo de él.

Había tanta gente asombrada de la vida de Antonio que muchos también tomaron el llamado monástico. Los monasterios “surgieron lejos en las montañas y los desiertos estaban poblados con monjes que dejaron a su propia gente” (14). Antonio hablaba frecuentemente con esos monjes, compartiéndoles su perspectiva y animándolos. Atanasio reporta un buen número de enseñanzas de Antonio.

Al enseñar a los monjes, Antonio era muy claro, “Las escrituras son realmente suficientes para nuestra instrucción” (16). No obstante, añadió que era bueno animarse unos a otros y seguir modelos en la fe. En este sentido, Antonio les decía a los monjes que comenzaran todo cada día, procurando incrementar su celo a lo que había sido antes. Los monjes no debían cansarse en su devoción ascética. En su lugar, debían recordar los escritos de Pablo, “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro. 8:18).

Antonio consideraba su vida ascética muy insignificante en cierto modo. Todos los placeres del mundo a los que renunció, le parecían irrelevantes. Él enseñó que incluso si tenía el mundo entero, era “algo muy fútil comparado con el Cielo entero” (17). De tal forma, el ascético nunca debía jactarse, pues las cosas a las que ha renunciado “son prácticamente nada” comparadas con el cielo.

Las cosas que todo el mundo perseguía eventualmente tendrían que ser abandonadas. No serían llevadas al más allá. Antonio pensaba que era mucho más sensato pasar tiempo adquiriendo virtud (“justicia, templanza, fortaleza, comprensión, caridad, amor a los pobres, fe en Cristo, mansedumbre, hospitalidad,” etc.) Estas eran virtudes de valor eterno.

Antonio instó a los monjes a vivir cada día como si fuera el último. Nunca debían mirar atrás, sino seguir adelante. En este sentido, debían aprender la lección de la esposa de Lot. Como dijo Jesús, “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lc. 9:62).

En el 311, antes de que Constantino se levantase como Emperador, Maximiano comenzó con un período de intensa persecución contra la iglesia. En Egipto hubo un buen número de martirios. Antonio dejó su morada desierta para ir a Egipto y buscar ministrar a los mártires o bien convertirse en uno mismo. Como Atanasio escribe, el plan de Dios no era que Antonio se convirtiese en mártir. Dios tenía otros planes para Antonio. Así que, Antonio ministró a aquellos que eran martirizados hasta que el tiempo de persecución acabó.

Durante muchos momentos a lo largo de su “Carrera”, muchos venían a buscar el consejo y la enseñanza de Antonio. Además de las enseñanzas dadas a los monjes, Antonio instaba a aquellos que buscaban su consejo:

A depositar su confianza en el Señor y a amarlo, a mantenerse alejados de malos pensamientos y los placeres de la carne...Debían huir de la vanidad y orar continuamente, cantar Salmos antes de ir a dormir y al levantarse, comprometerse de corazón con los mandamientos estipulados en las escrituras, y escuchar de nuevo las obras de los santos (55).

De entre aquellos que llegaban con Antonio estuvo el mismo emperador Constantino (bueno, Constantino no le visitó personalmente pero sí le hizo llegar una carta). Mientras muchos se asombraban que el emperador le escribiese, ¡Antonio no se asombró! Antonio dijo, “No debe de sorprenderte si un Emperador nos escribe, pues es un hombre; pero sí debería sorprenderte el que Dios haya escrito la ley para la humanidad y nos haya hablado a través de Su propio Hijo” (81).

Atanasio reporta una serie de Milagros que Antonio produjo. Haya sido el curar enfermos, tener algunas visiones y reflexiones o proveer agua en el desierto, el punto consistente en cada milagro es que Antonio NO estaba obrando el milagro. Dios siempre era quien obraba el milagro y todo el crédito era propiamente para Él (56-64).

Antonio estaba en su caminar santo en el apogeo de la controversia Arriana (ver lección anterior de Nicea). Antonio dejó su monacato desierto para ir a Egipto y condenar la herejía sobre la naturaleza de Cristo. Atanasio menciona que Antonio habla directamente sobre lo errático y peligroso que era esa herejía. Antonio consideraba esto un antecedente de las enseñanzas del anticristo.

Había dos monjes presentes cuando Antonio finalmente murió. Antonio tenía casi 105 años. Les llamó y les compartió palabras finales de ánimo. Antonio les hizo prometer que enterrarían su cuerpo en un lugar desconocido, y luego “con una mirada de regocijo por la visita de sus amigos – pues mientras yacía ahí, su rostro tenía una expresión alegre – falleció y fue reunido con sus padres” (92).

Así terminó la extraordinaria historia de un hombre que, como Atanasio dijo, “adquirió un renombre no por sus escritos, no por su sabiduría, ni tampoco por ningún arte, sino solamente por su servicio a Dios” (93). De manera indirecta, Atanasio nos dice también que la hermana de Antonio creció y llegó a ser una maravillosa mujer de Dios que se convirtió en líder de las monjas/vírgenes que cuidaban de otras mujeres hasta el final de sus días.

Muchos monjes y monasterios vendrían más tarde – algunos más extremos, algunos menos. Pero todos le deben algo a Antonio, el padre del monacato.

CONCLUSIÓN

Entonces, ¿qué hacemos de todo esto? Realmente no tenemos un ejemplo de la vida como la de Antonio en la Biblia. Sin embargo, sí tenemos algunas pistas de muchos que mantuvieron algunos rasgos y prácticas como las de él. Ya hemos mencionado a Elías. Incluso en Moisés, vemos a alguien que encontró la verdad y el propósito de Dios luego de años pasados en el desierto. Los Israelitas mismos fueron purificados a través de 40 años de peregrinaje en el desierto. Juan el Bautista fue un hombre de desierto. Jesús no solamente pasó 40 días ayunando en el desierto, enfrentando las tentaciones de Satanás, sino que frecuentemente encontraba tiempo para alejarse de las multitudes para estar en soledad y oración.

A lo largo de la lección, intenté integrar algunos de los versículos que dirigieron a Antonio a tomar sus decisiones. Tomó de manera muy literal algunas partes de la escritura sobre las que solemos tomar otros “significados” (por ejemplo: vé y vende todo lo que tienes y dalo a los pobres). Estas porciones ciertamente tenían validez para Antonio, y también lo tienen para nosotros.

¿Puedo sugerir que el estilo de vida ascético es un llamado? Podría ser que algunos son llamados a este compromiso extremo? Sin embargo, también sabemos que Jesús mismo pasó tiempo en medio de mucha gente, tanto jóvenes como viejos. Incuestionablemente parte de la comisión de ir y predicar el evangelio incluye la interacción en un grado que al parecer Antonio pasó por alto.

El que no seamos ascéticos o ermitaños no nos releva de una cuidadosa observancia del compromiso y la mayordomía. No significa que el resto de

nosotros no debería considerar cuidadosamente si es que estamos viviendo para esta vida o para la venidera. ¿Estamos siguiendo las escrituras y manteniendo nuestras prioridades en claro? A pesar de que hay áreas en la vida de Antonio que parecen extremas y desequilibradas, hay otros aspectos que pueden servirnos como una llamada de atención para enfocarnos.

PUNTOS PRÁCTICOS PARA CASA

1. *“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas [lo que coman, lo que vistan] os serán añadidas” (Mt. 6:33).*

Aquí tenemos una amonestación y enseñanza del Señor que tiene el propósito de guiarnos y de darnos tranquilidad. Nuestro enfoque en la vida nunca debe de ser sobre las cosas de este mundo como objetos de deseo. Las cosas de este mundo son, para el creyente, ya sea herramientas para utilizar en su reino, o bien son distracciones y trampas para alejarnos del enfoque que realmente vale. Quiero sugerir que aunque Dios no esté llamando a muchos de nosotros a la vida de ascetismo, ciertamente sí deberíamos estar escuchando su llamado a vivir vidas dedicadas a su reino.

2. *“El Señor es mi pastor, nada me faltará...Aunque ande en valle de sombra y de muerte, no temeré mal alguno” (Sal 23:1, 4).*

Necesitamos ser conscientes y reconocer que hay un enemigo, pero también con la seguridad de que “mayor es el que está en nosotros que el que está en el mundo” Dios ha vencido. Lleva la corona de vencedor. ¡Ha ganado esa batalla por nosotros, y la libra en nosotros! ¡Tenemos esa bendita seguridad!

3. *“Por tanto despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Heb. 12:1).*

Vale la pena el constante examen. ¿Dónde estamos atrapados y afligidos por las preocupaciones del mundo que simplemente no son preocupaciones de Dios? ¡Tenemos que aprender con su gracia a poner a un lado esos obstáculos y a correr con gozo y alegría la carrera que él nos ha puesto por delante! ¡Amén!